

LISA KLEIN

OFELIA

HAMLET A TRAVÉS DE SUS OJOS



CROSS  
BOOKS

LISA KLEIN

# Ofelia

*La novela*



CROSSBOOKS, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ophelia. A novel*  
© del texto: Lisa Klein, 2006  
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2018  
© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-08-21482-3  
Depósito legal: B. 15.369-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1

Siempre he sido una niña huérfana de madre; lady Frowen-  
del falleció el día de mi nacimiento. Mi hermano, Laertes, y  
mi padre, Polonio, también se vieron privados de su cuida-  
do. De ella no me quedó ni un retal de encaje ni el recuerdo  
de su perfume. Nada. Sin embargo, gracias al retrato en mi-  
niatura enmarcado que mi padre llevaba consigo, pude ver  
que yo era la viva imagen de mi madre.

Yo estaba triste porque creía que había causado la muerte  
de mi madre y que, debido a eso, mi padre era incapaz de  
quererme. Intentaba no molestarlo o no causarle más proble-  
mas, pero nunca me prestó la atención que yo deseaba. Tam-  
poco consentía a Laertes, su único hijo.

Lo observaba absolutamente todo, excepto nuestros ros-  
tros, ya que ambicionaba ser el confidente secreto más valio-  
so del rey.

Vivíamos en el pueblo de Elsinor, en una casa magnífica  
con entramado de madera y ventanas con parteluces. Laer-  
tes y yo jugábamos en el jardín que mi madre había cuidado,  
donde, desde su muerte, los parterres crecían asilvestrados.  
Yo solía esconderme entre altos arbustos de romero, y su  
fuerte olor me acompañaba durante todo el día. Cuando ha-

cía calor nadábamos en el río de Elsinor, que serpenteaba a través de un bosque cercano, y capturábamos ranas y salamandras en las orillas cubiertas de hierba. Cuando teníamos hambre, robábamos manzanas y ciruelas del mercado y salíamos disparados como conejos cuando los vendedores nos gritaban. Por la noche dormíamos en una buhardilla debajo de los aleros, adonde el humo de los fuegos de la cocina subía, planeaba bajo las vigas y nos calentaba en las noches frías.

En la primera planta de nuestra casa había una tienda a la que las señoras y los caballeros de la corte mandaban a sus sirvientes con el fin de comprar plumas, cintas y encajes. Mi padre desdeñaba a los propietarios pues los consideraba indignos y vulgares, pero se juntaba con ellos y se ganaba el favor de los clientes porque quería enterarse de los cotilleos de la corte. Había momentos en los que, con un jubón y unos calzones de alta costura, se apresuraba calle abajo para unirse a la multitud de hombres que buscaban una posición en la corte del rey Hamlet. A veces dejábamos de verlo durante días y nos preocupaba que nos hubiera abandonado, pero siempre volvía. Entonces podía armar un escándalo, entusiasmado por alguna oportunidad que estaba seguro que le darían, o estar callado y malhumorado. Laertes y yo lo espiábamos a través del panel roto de la puerta de su habitación y veíamos cómo sacudía la cabeza, inclinado sobre un montoncito de dinero y papeles. Estábamos seguros de que nos habíamos arruinado y, tumbados despiertos en nuestra buhardilla, nos preguntábamos qué sería de nosotros. ¿Acabariamos como los niños huérfanos que solíamos ver en las calles del pueblo, aquellos que mendigaban pan y comían restos de carne como si fueran animales salvajes?

La ansiosa búsqueda de mi padre para conseguir un alto cargo consumió la fortuna de nuestra familia, lo que quedaba de la dote de mi madre. Aun así, logró contratar a un tutor para Laertes. Era un hombre estudioso con un bonete negro.

—Las niñas no deben ser holgazanas, ya que el diablo las poseería —me dijo mi padre—. Por lo tanto, estudia con Laertes y sácale todo el beneficio que puedas.

Así, desde el momento en que empecé a ballucear, y mi hermano, a razonar, cada día pasábamos horas estudiando. Leímos los salmos y otros versos de la Biblia. El Evangelio según san Juan me maravilló, con sus revelaciones terribles sobre ángeles y bestias liberadas en el fin de los tiempos. Me encantaba leer sobre la antigua Roma y era más rápida que mi hermano en entender las lecciones de las fábulas de Esopo. Pronto supe calcular tan bien como él. También aprendí a negociar con Laertes, a quien no le gustaba estudiar.

—Te traduciré estas cartas en latín si antes me das tu pastel —le ofrecía, y él accedía gustosamente.

Nuestro padre alababa el trabajo escolar de Laertes, pero cuando yo le mostraba mis pulcras líneas de números, tan solo me daba palmaditas en la cabeza como si fuera su perro.

Laertes era mi fiel compañero y mi único protector. Después de nuestras lecciones, nos uníamos a los niños que jugaban al pilla pilla en las polvorientas calles y en las plazas del pueblo. Como era pequeña, me atrapaban con facilidad, y me tocaba pararla hasta que podía pillar a alguien para liberarme o hasta que Laertes se apiadaba de mí. Una vez, mi hermano me salvó de un perro que me había agarrado la pierna con los dientes y me había arañado la espalda con las zarpas. Golpeó al perro hasta dejarlo inconsciente y me limpió la sangre con su camisa mientras yo me aferraba a él aterrorizada. Mis heridas sanaron, y mi padre me dijo que me consolara, ya que hasta que no tuviera marido, nadie me vería las cicatrices. Aun así, durante años temblé de miedo con solo ver a un perrito faldero en brazos de alguna señora.

Sin duda tuve niñeras que se ocupaban de mí, aunque no me acuerdo de ninguno de sus nombres ni de sus caras. Me

tenían descuidada y me dejaban deambular libremente como si fuera una cabra doméstica. No tenía a nadie que me remendara la ropa rasgada o me alargara las faldas a medida que iba creciendo. No recuerdo palabras cariñosas ni besos perfumados. A veces, cuando mi padre recitaba una oración, me hacía arrodillarme y me ponía la mano encima de la cabeza, pero era una mano pesada, alejada del contacto dulce que yo deseaba. Éramos una familia que vivía sin un corazón, sin una madre, que nos uniera.

Mi padre encontró trabajo antes de que nos convirtiéramos en indigentes. Descubrió por casualidad una información relacionada con el enemigo de Dinamarca, el rey Fortimbrás de Noruega, y por ello lo honraron nombrándolo ministro del rey Hamlet. Por la manera en la que mi padre hablaba de su recompensa, parecía que lo hubieran convertido en la mano derecha del mismísimo Dios y que a partir de aquel momento tendríamos una vida gloriosa.

Cuando nos mudamos del pueblo al castillo de Elsinor, yo tenía apenas ocho años, y Laertes, doce. Recibí un conjunto nuevo de ropa para la ocasión y un sombrero azul tejido con abalorios para mi pelo rebelde. Laertes y yo saltábamos junto a la carretilla que transportaba nuestros bienes. Estaba entusiasmada y no podía dejar de parlotear.

—¿Se parecerá el castillo al cielo que vio san Juan? ¿Tendrá torres centelleantes de oro y de gemas brillantes? —pregunté, pero mi padre tan solo rio, y Laertes me llamó estúpida.

Pronto se alzaron en el azul del cielo las austeras almenas de Elsinor. A medida que nos acercábamos, el castillo parecía más grande que el pueblo entero, ni siquiera el sol era capaz de iluminar sus grises muros de piedra. Nada brillaba, nada centelleaba. Las innumerables ventanas oscuras se apretaban las unas a las otras como si fueran hileras de soldados.

Cuando pasamos por debajo de la sombra de las puertas para entrar al patio, mi decepción se intensificó y se convirtió en un miedo terrible. Temblé. Busqué la mano de mi padre, pero solo pude asir la punta de su capa, cuyos pliegues fluían como el agua.

## Capítulo 2

Cerca de la casa del guarda, dos habitaciones pequeñas de la planta baja nos sirvieron de nuevas dependencias. Las habitaciones del castillo, comparadas con nuestra espaciosa casa que se alzaba sobre las calles del pueblo, resultaban cerradas, oscuras y húmedas. Los únicos muebles eran una silla de roble, tres taburetes y una alacena. A todo ello, mi padre añadió nuestras pocas pertenencias, que eran lo suficientemente finas para nuestro sencillo alojamiento del castillo: algunos cojines bordados, ropa de cama de plumas de ganso y cubiertos bañados en plata. Nuestras ventanas no miraban al ajetreado y entretenido patio, sino a los establos. Pero mi padre se frotaba las manos encantado, ya que incluso esas humildes dependencias demostraban que tenía buena suerte.

—Me ganaré el favor del rey y llevaré una capa forrada de piel. El rey me contará sus asuntos más privados —decía con seguridad.

Cuando fuimos a nuestro primer banquete en la corte, yo estaba tan emocionada que no podía comer. Todo era nuevo e increíble. El rey Hamlet, con su torso enorme y su inmensa barba, me parecía un gigante. Su voz era como el fragor del trueno. El príncipe Hamlet, que entonces tenía unos catorce

años, daba saltitos por el salón y hacía mucho el tonto, aunque tenía bastante gracia con ese pelo oscuro que le volaba salvajemente sobre la cabeza. Yo estaba tan contenta que también empecé a bailar. La reina Gertrudis vino hacia mí, y riendo, me arrojó debajo de la chimenea. Le devolví la sonrisa.

Entonces vi a un payaso vestido con una fabulosa ropa brillante que jugueteaba por la habitación. Llevaba una gorra de plato con cascabeles y un traje de muchos colores. Parecía que él y Hamlet se estaban imitando las payasadas el uno al otro. Venida por una timidez repentina, me retiré al lado de mi padre.

—Esta es mi niña bonita —me dijo mi padre—. La reina se ha fijado en ti. Venga, baila un poco más.

Pero yo ya no me moví.

Observé al payaso, que me recordaba al chisporroteo de unos fuegos artificiales deslumbrantes. Aunque no podía oír sus bromas, percibí que el rey se reía a carcajadas y tosía hasta que su cara se puso morada y empezó a ahogarse. Se levantó un poco de su asiento, y un guardia le golpeó la espalda hasta que el rey escupió cerveza por la boca. Entonces el bufón se agarró la garganta y cayó al suelo mientras sacudía los brazos y hacía una pantomima de muerte. El príncipe Hamlet se unió a la mímica y se tiró encima del bufón hasta que este rebotó como una pelota de tenis y saltó sobre la mesa del rey, donde comenzó a cantar.

—¿Quién es? ¿Por qué actúa de una forma tan extraña? —le pregunté a mi padre.

—Se llama Yorick, es el bufón personal del rey. Al igual que un idiota o un demente, puede burlarse del rey sin miedo a ser castigado. Sus payasadas no importan —dijo moviendo la mano con despreocupación.

Miré cómo Yorick ayudaba a Hamlet a dar un salto mortal enfrente de la reina, que aplaudió al verlo dar la voltereta.

—El joven príncipe es el ojito derecho de su madre —murmuró mi padre para sí mismo.

—¿Por qué? ¿Sin él no puede ver? —le pregunté inocentemente.

—No, tonta. ¡Quiere decir que adora al chico! —me contestó.

Por un momento sentí envidia de Hamlet. Pero yo también noté que mi mirada se sentía atraída por él. Después de aquella noche, busqué al príncipe por todos los rincones de Elsinor. Sabía que, debido a su comportamiento vivaz, sería un buen compañero de juegos. Laertes también lo creía. Cuando uno de sus camaradas anunció que Hamlet venía, mi hermano se apresuró hacia el patio, y yo lo seguí pisándole los talones. Ciertamente, Hamlet atraía a los jóvenes de la corte igual que un imán atrae trozos de hierro. Además, era lo suficientemente amable para no desdeñar nuestra admiración. Lo observaba haciendo trucos y juegos de manos que había aprendido de Yorick, pero nunca me atreví a hablar con él.

Hamlet tenía un compañero, Horacio, un chico de mechones rojizos y extremidades larguiruchas, que lo acompañaba a todos lados. Horacio era tan parado como activo Hamlet y tan silencioso como Hamlet locuaz. El príncipe provocaba a los chicos más jóvenes, pero hablaba en serio con Horacio, quien sonreía cuando Hamlet sonreía y asentía con la cabeza cuando Hamlet hacía lo propio. Como una sombra, siempre estaba merodeando cerca del príncipe.

La primera vez que hablé con el príncipe Hamlet, yo tenía diez años. Era su cumpleaños y estaba desfilando por el campo y el pueblo junto al rey y la reina. Con mi padre y Laertes, yo esperaba de pie entre la multitud en el patio de Elsinor, aguardando a que Hamlet regresara, e iba saltando de un pie a otro con emoción. Con una mano sujetaba un

ramo de pensamientos atados con un lazo blanco. Sus pétalos, morados y amarillos, empezaron a languidecer bajo el sol, así que los protegí con la otra mano. Entonces los gritos se elevaron: «¡Viene el príncipe!».

—¡Novatos arrogantes! —masculló mi padre entre dientes cuando dos jóvenes nos empujaron y se pusieron delante de nosotros—. Siempre nos quitan el sitio a los que somos mejores que ellos.

—¡Ahora no puede vernos! —me quejé—. Padre, levántame, por favor.

Refunfuñó y se quejó, pero accedió. Al levantarme y ponerme sobre sus hombros, alejó a los jóvenes a codazos. Ahora podía ver por completo el camino que llevaba a las puertas de Elsinor.

Los músicos y los acompañantes abrían el camino a medida que Hamlet pasaba por la puerta en una montura gris de crin negra y trenzada. Los cortesanos y los admiradores lo saludaban con la mano y lo vitoreaban, le lanzaban flores y ofrecían regalos al joven príncipe. El caballo, orgulloso de su carga, sacudía la cabeza y brincaba mientras Hamlet saludaba a la multitud con amplios gestos. Detrás de él, el rey y la reina montaban más majestuosos, frunciendo el ceño y sonriendo alternativamente a causa de las payasadas de su hijo. Me incliné hacia delante con impaciencia. Mi padre me sujetó las piernas para que mantuviera el equilibrio.

—¡Viva! ¡Viva! —gritaba Laertes.

El pelirrojo Horacio estaba detrás de él golpeándose los muslos para causar más estruendo a medida que Hamlet se aproximaba.

Agité la mano con el ramo de flores y grité:

—¡Pensamientos para el príncipe!

—Más alto, niña —me dijo mi padre, y se acercó más a la procesión que pasaba.

En ese momento, Hamlet vino hacia nosotros en su caballo y estiró el brazo para darle la mano a Horacio y saludar a Laertes. Intenté llamar su atención exclamando en francés:

—*Pensées pour le prince.*

Quizá fueran mi aspecto patético y mi voz suplicante los que provocaron que la reina se apiadara de mí y le dijera a Hamlet:

—¡Hazle caso a la pequeña!

Me indignó que me consideraran «pequeña». Si la reina se hubiera fijado mejor, habría visto que, de hecho, yo era demasiado grande para estar sobre los hombros de mi padre. Pero deseaba desesperadamente que me vieran.

Hamlet obedeció a su madre y miró a su alrededor. Le mostré mi ramo. Las frágiles flores temblaron en sus delgados tallos. Él me vio, y cuando nuestros ojos se encontraron, le di mi sonrisa más encantadora.

—Pensamientos para el príncipe. Flores para vos, mi señor. No me olvidéis —dije con una vocecita que se esforzaba en imponerse sobre el ruido. Yo misma había escogido las palabras, quería mostrar que sabía francés y esperaba contentar a mi padre consiguiendo que nos prestaran atención. También quería tocarle la mano al príncipe.

Pero quedé decepcionada. Hamlet estiró el brazo y cogió las flores sin tocarme los dedos y sin reparar en mis palabras. Mientras se alejaba, vi que los pensamientos se desparrramaban de su mano enguantada y caían al suelo, donde fueron pisoteados por muchos caballos y hombres. Sollocé con fuerza.

—No gastes tus lágrimas, pequeña —dijo Horacio—. A los chicos no nos interesan las flores.

—Exacto, en su lugar, danos espadas o palos —rio Laertes simulando que peleaba con Horacio.

Aun así, hice pucheros.

—Mira —dijo Horacio con amabilidad, y me cogió la mano—. Tu regalo no es el único que el príncipe Hamlet ha ignorado. No puede llevar tantas cosas a la vez.

Tenía razón, ya que por el suelo vi esparcidas cintas polvorientas y flores aplastadas que se marchitaban en su descuidada estela.